

B. J. CASTILLO

DAMAS PINTADAS



B. J.
CASTILLO
DAMAS PINTADAS

CUENTO

DAMAS PINTADAS
EDICIÓN KINDLE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo, y por escrito de los titulares *copyright*.

© B. J. Castillo, 2019

Diseño de portada e ilustración
B. J. Castillo

Edición
Grupo Joven Lectura

Primera edición
Diciembre de 2019

Esta es un cuento original

Para Helen,
que lo leyó primero.

“Mezcladas andan las cosas: junto a las ortigas nacen las rosas” —
Refrán

Prólogo

Un año después, aún recordaba su mirada.

El aliento se le escapó del cuerpo, al evocar su recuerdo.

Aquellos días no volverían; ella sabía. Sucumbiría antes volver a rozar sus labios con los suyos.

Escocía en el alma, de verdad...

Miró a través de la ventana hacia la calle Steiner con la ardiente deseo de volver a verla.



SAN FRANCISCO, 1969

Tuvo suerte. No empezó a llover hasta que llegó a la entrada de la casa y se amparó bajo el sobradillo del techo.

Tocó el timbre. El sonido cantarín solfeó en interior de la morada acompañado por el golpeteo de la lluvia a su espalda. La puerta se abrió al tiempo que Libby empezaba a tiritar. La señora Tuson la miró de arriba abajo —como hacía siempre, a pesar de llevar un mes acudiendo a su casa— antes de dejarla entrar. Sus ojos eran de un azul intenso que variaba con el rigor de la luz. Tenía su cigarrillo a medio calar entre los dedos como de costumbre.

—Entra —dijo la mujer—. Te estaba esperando. Llegas quince minutos tarde, muchacha. —Si bien su tono era despectivo, Libby no se plegó, ya estaba resignada a la aptitud arisca de la señora Tuson. Sin más introitos, entró a la casa.

Dentro, el aroma a incienso, como un caudal, inundó sus fosas nasales. La casa estaba perfectamente acomodada, nada fuera de lugar, como el primer día, pensó Libby. Al cerrarse la puerta, el frío reculó. Libby dejó de tiritar tan pronto había empezado a hacerlo. La señora Tuson la rodeó y le pidió que se quitara el abrigo (ya no le haría falta, claro) y Libby obedeció ciegamente, notando un centenar de mariposas golpeando las paredes de su estómago. Le entregó el pesado abrigo azul de gabardina y el sombrero de ala ancha, un vejestorio aguamarina que había rescatado del guardarropa de su madre (había pensado, al salir, que haría un día soleado; se había equivocado).

La señora Tuson llevó las prendas al perchero, que estaba junto a la puerta —aún tenía el cigarrillo entre los finos labios, se fijó Libby— y allí las dejó antes de encaminarse hacia las escaleras. Libby subió los viejos peldaños en pos, siguiendo la estela de humo que expelía su cigarrillo de la señora Tuson.

En otros tiempos se había atragantado con aquel aroma —de hecho, el primer día, si mal no recordaba, había tosido descontroladamente hasta la Tuson lo apagó—, pero ahora, extrañamente, le resultaba bienvenido, al igual que el intenso perfume del incienso.

Sus pisadas resonaban en el suelo de madera, en una singular armonía que aumentaba la excitación de Libby. Ella tenía diecisiete años y asistía a la secundaria; era una de las chicas más populares del instituto, donde, hasta hace un tiempo, se había liado con un par de sus jugadores de fútbol antes de que empezaran sus visitas a la casa de la señora Tuson. Un día, Tom Briggs, el coreback, le estaba metiendo la mano bajo la falda en su nuevo descapotable, que olía a cuero y a loción de pino. Al otro, estaba posando desnuda para una viuda de cuarenta años.

Como cosa rara, lo segundo le resultaba más excitante.

Yves Tuson era una mujer madura, un par de años mayor que la madre Libby. Había enviudado

hace diecinueve años, y jamás volvió a casarse. Sin hijos. Se había dedicado a la mayor parte de su vida al arte y había ganado renombre después de presentar una colección, que, al presente, se seguía vendiendo como pan caliente en las tiendas por departamento de todo el país.

La madre de Libby tenía una de las pinturas de la señora Tuson en la salita de estar de su casa. Claro, no era de las originales. Era una de las miles de copias que se habían reproducido en serie para la venta masiva. Como fuera, la madre de Libby se sentía orgullosa de esa pintura; se aseguraba de desempolvarla cada tres días y a ratos se la quedaba mirando, como si se estuviera imaginando viviendo en una de aquellas casas anticuadas que aparecían pintadas en vivos colores. Eran bonitas, sí. Empero, su madre no solo se hinchaba de orgullo por la mera presencia de la pintura en su pared; continuamente se había jactado —aunque Libby no le había creído— de conocer a la artista. Y fue cierto. Gracias a esto Libby conoció a la señora Tuson y se convirtió en su modelo.

Yves Tuson vivía en una de las casas que la habían hecho famosa a raíz de sus pinturas. Esta tenía tres plantas, si bien la tercera correspondía al ático. La señora Tuson lo había convertido en su estudio. Había pintado las paredes y el techo de blanco —para evocar más espacio, había explicado— y se había deshecho de todos los trastos viejos que lo ocupaban. Una luz blanca y fría se filtraba por la ventana cuadrada que estaba en la pared frontal, cuya vista daba hacia el parque cruzando la calle; el resplandor rebotaba en las paredes —parecía encenderlas— y la habitación radiaba como una prolongación del cielo.

Libby había entrado en ella unas ocho veces desde que iniciaran las sesiones. Con todo —y siendo la novena ocasión—, su esplendor aún le quitaba el aliento.

Un largo diván estaba junto a la ventana: era rojo con bordes dorados. Parecía antiguo. «Tan antiguo como la casa», pensó Libby. Al mismo tiempo se imaginó tumbada a su largo con el peso de la otra mujer sobre el suyo.

—Vamos, muchacha. Ve allá —dijo Tuson señalando el diván— y desnúdate. Ya hemos perdido bastante tiempo. La luz es perfecta y no tardará en desvanecerse.

La señora Tuson no hablaba mucho. Era una mujer enjuta de rasgos finos y cabello castaño rojizo pulcramente recogido en un sobrio tocado. Vestía elegante, con faldas de corte lápiz, blusas holgadas y tacones. Tenía un rostro bello, casi juvenil, pese a su edad. Bien podía pasarse por su hermana mayor, pensaba Libby. O por su madre.

Ella procuraba apartar a su propia madre de su pensamiento cada vez que estaba con la señora Tuson. A veces temía que en pleno acto, al abrir los ojos, vería su rostro —lleno de enojo, no placer— sobre ella. «¿Qué estás haciendo?», le decía. Si bien la voz seguía siendo la de la señora Tuson.

Libby obedeció la orden de Tuson. Se acercó al diván y empezó a desnudarse.

Ya desnuda, se tumbó en el sofá a la espera de las directrices de la artista, que se mordía el labio inferior.

—Hunde el torso —le ordenó Tuson al cabo—. Cúbrete el seno izquierdo con el pelo. Así. Bien. Ahora, cruza las piernas y sube el muslo. Un poco, sí. Quiero ver tu vello púbico. —Al oír esto, las mejillas de Libby ardieron—. Así. Luces perfecta, muchacha. —Sonrió levemente—. No te muevas.

Ella acató y no se movió. Las siguientes horas fueron tan largas y excitantes como de costumbre. La señora Tuson tenía el ceño y los labios fruncidos. Sus labios..., no podía apartar la mirada de ellos. Ya los había probado. Eran finos, rosáceos, más suaves que los de cualquier chico.

Un mes antes, Libby se había presentado en la casa de la señora Tuson, como se había

acordado, a mitad de la tarde. La mujer abrió la puerta con su expresión arisca y un cigarrillo entre los dedos. Una vez subieron al estudio, le ordenó, sin más, que se desnudara y ocupara una silla de elegante acabado que estaba junto a la ventana frontal. Ella dudó. Estuvo a punto de vomitar y desfallecer. Sabía cuánto necesitaban el dinero en casa; no podía negarse. Estuvo cerca. Tuson, que debió leer sus pensamientos en su expresión, le aseguró, en pocas palabras, que no pintaría su rostro. «La mujer misteriosa», dijo que se llamaría la colección. Al final, aceptó.

Tres semanas después, la señora Tuson se acercó a ella para arreglarle el pelo, acomodar su brazo y ladear su cabeza (en un mejor ángulo, había dicho). Entretanto, los labios de Libby se secaban y su piel desnuda y erizada gritaba «Tócame, tócame» allí donde los fríos dedos de la mujer la rozaban. En algún momento sus miradas —azul y ámbar— se hallaron y no pudieron apartarse más la una de la otra.

Los días pasaron. Al menos, eso parecía. Libby sólo contaba las horas con obcecación para volver a reunirse con la artista, a quien, ni siquiera en su fuero interno, dejaba de llamar «la señora Tuson», por más que esta le hubiese pedido que la llamara su nombre de pila. *Yves* le resultaba ajeno, lejano. En cambio, *la señora Tuson* era como la manzana del Árbol del Bien y del Mal; estaba prohibida, pero aun así podía alcanzarla si se alzaba en la punta de los pies y estiraba su brazo.

—Dejaré de llamarte *señora Tuson* cuando dejes de llamarme *muchacha*. Llámame Libby.

—Lo haré, Libby —había asegurado la mujer. Al día siguiente, había vuelto a ser *muchacha*.

Sus encuentros fueron sucediendo. Lo demás también. Al principio, breves charlas —¿Qué harás después de la secundaria? ¿Por qué no te has vuelto a casar? ¿Tienes novio? ¿Por qué pasaste de pintar casas antiguas a chicas desnudas?— que acababan en apasionados besos con lengua y una mano deslizándose por el muslo de la otra (como lo habría hecho Tom, ¿no?). Después, empezaron a liarse entre las piernas y a trajinarse con los dedos y las bocas hasta que ambas quedaban tan empapadas de sudor como si hubiesen corrido una maratón. Más tarde, en silencio, se corcoveaban, y la señora Tuson le acariciaba los húmedos mechones de cabello que se le pegaban a las sienes. Parecía feliz. Más que de costumbre.

Libby compartía su dicha, al mismo tiempo que pensaba: «¿Qué estoy haciendo?»

Los meses pasaron. Tuson terminó su colección de *la mujer misteriosa* y se exhibió una veintena de cuadros en las paredes de una galería del Centro. La artista cumplió con su palabra: su rostro no aparecía en las pinturas. Gracias a Dios. En el rostro de la modelo —porque nadie ponía en tela de juicio que sólo se trataba de una— solo aparecían sombras difusas como si una ligera llovizna le hubiese barrido el maquillaje a la joven. Los cuadros eran preciosos, sí, debía reconocerlo. Abundaban los tonos vibrantes y los matices variados. Libby oyó decir a un hombre, en la exhibición, que «no sabía que Yves Tuson pintaba a otras damas» haciendo un especial énfasis en la última palabra. También inquirió quién podría ser la misteriosa modelo.

Por su parte, Libby se preguntó qué quiso decir con lo primero. Llegado el momento, se lo sonsacó a Tuson.

—Se refería a las *damas pintadas* —respondió ésta.

Aquella fue la primera vez que Libby oyó hablar de tal cosa.

Tuson le tomó la mano y la llevó fuera de su casa. Cruzaron la calle Steiner hacia el parque de la Villa del Álamo, ubicado en la cima de una colina, que presentaba una sublime panorámica de buena parte de la ciudad, detrás de una hilera de casas de estilo victoriano pintadas en varios colores que embellecían sus detalles arquitectónicos. El hogar de la señora Tuson estaba pintado

en tres matices de amarillo con acabados blancos en los bordes y en las esquinas, en las cornisas de las ventanas y en el pequeño balcón de la segunda planta. La Villa del Álamo era uno de los distritos con más encanto del país; no era demasiado grande, la verdad. Más bien era una pequeña zona dentro de la Anexión del Oeste, que sí era más grande. Su nombre llevaba hasta el álamo solitario que a principios del siglo XIX —cuando California aún era territorio español— ocupaba lo que al presente era el parque.

—Y esas, muchacha, son las damas pintadas.

Tuson señaló con la mano las casas de estilo victoriano que en años previos había pintado en sus cuadros y la habían hecho célebre. Libby recordó el retrato que tenía su madre en la salita de estar y, pensó, ninguna era similar a las que aparecían en él. Con todo, Libby sonrió. Ahora lo entendía.

Se sentaron juntas en una banca del parque que miraba hacia las damas pintadas. Quien pasara cerca pensaría que se trataba de madre e hija, o de hermanas, una mucho mayor que la otra. Libby hacía un auténtico esfuerzo para no recostar la cabeza en el hombro de la señora Tuson, que debió notar, pues, acto seguido, extendió su mano sobre la banca por el mínimo espacio que las separaba y le rozó los dedos. Tuson continuó:

—Al atardecer, la vista es mucho mejor. Observa el contraste que se produce entre las casas victorianas y esas moles gigantescas del fondo. De las grandes cristaleras y el ajeteo de hombres trajeados del Centro se pasa a la elegancia de los colores, los balcones y los porches. Cuando el sol baña con su luz amarillenta la Villa del Álamo el efecto que produce es casi hipnótico.

Así era, convino Libby para sus adentros. Al cabo, no pudo soportarlo más y recostó la cabeza en el hombro huesudo de la mujer. Guardaron silencio. Se quedaron mirando el panorama largo rato. Si les importaba lo que la gente pensara, claro que no. Fueron felices.

Años más tarde, la madre de Libby exhalaba su último aliento. Era la misma noche que caía el muro de Berlín. Minutos antes de que la mujer y el muro expiraran, Libby entró a su habitación. Hablaron como no lo habían hecho en años. Al cabo, con voz susurrante, su madre mencionó a la Villa del Álamo.

—¿Recuerdas a las damas pintadas? —había dicho ella después, en la cama y apenas consciente.

Al oír esto, Libby lo recordó todo. Aquel verano, sí. Nunca lo olvidó. Fue la época, que se acordase, más feliz de su vida. Yves Tuson murió cinco años después de aquella temporada juntas. Jamás volvieron a verse. Las pinturas de *la mujer misteriosa* valían millones en el mercado coleccionista. En cambio, las *damas pintadas* cayeron en el olvido. De pronto, Libby se fijó en los colores que se reflejaban en la febril mirada de su madre y giró sobre sus talones. Habían colgado un cuadro de las damas pintadas en la habitación. Era el mismo que tiempo atrás pendía en la salita de estar de la casa de su madre y que esta miraba por largos ratos en silencio.

—Espero que hayas sido muy feliz —siguió su madre, su voz como un rumor distante. Su mirada brillaba.

Lo sabía, comprendió Libby. Ella siempre lo había sabido. Con todo, sostuvo su mano hacia el final. En silencio, recordó la Villa del Álamo al atardecer, mirando a las damas pintadas junto a la señora Tuson. Sin darse cuenta, estaba llorando.

Fin

CAPÍTULO 1

Usé la mano derecha para encender el cigarrillo. La izquierda la tenía ocupada sosteniendo la última tirada del *Statesman Journal*. Lauren decía que los hombres no podían hacer más de una cosa a la vez. Yo estaba decidido a probarle lo contrario. Lástima que ella no estaba para verlo.

Estaba sentado tranquilamente en mi despacho (si se le podía llamar despacho a un minúsculo cubículo de paredes de hormigón sin pintar), bebiendo una taza de café, fumando un cigarrillo y revisando los últimos sucesos en el periódico de mayor tirada de Oregón. Empecé a leer un artículo que trataba sobre la desaparición de tres chicas en una población al norte del estado que seguía sin resolverse; sus cadáveres habían sido encontrados descuartizados en el curso de tres días tras sus desvanecimientos: hallaron partes en un antiguo deshuesadero de chatarra, según leí; también en un lago y en una vieja casa en el bosque colindante. Aún no tenían pistas de la cuarta chica («la víctima más reciente», escribió el reportero), a pesar de llevar una semana desaparecida. No había sospechosos.

Entreví que alguien se acercaba y bajé el periódico. El cigarrillo seguía encendido entre mis dedos; lo había olvidado.

Martin Atkins arrojó varias carpetas sobre el escritorio. Alcé la mirada y di una calada al cigarrillo.

—¿Qué es? —pregunté después.

—Un nuevo caso, evidentemente —esgrimió secamente Martin. Su voz destilaba ácido. Era el ayudante del jefe de la policía. Yo no le agradaba, claro está, y el sentimiento era mutuo—. Uno muy especial, creo. Wiklund quiso que te fuera asignado expresamente a ti. —Sonrió.

Miré las carpetas con cautela. «¿Especial? —pensé—. ¿Por qué el jefe pidió que me fuera asignado expresamente a mí?» Quizás, y era lo más probable, porque era el detective estrella de la estación, o eso decían. Además, mi foto había aparecido un par de veces en el *Statesman Journal*, y, por ello, las personas solían reconocerme a menudo cuando andaba por la ciudad. Por alguna razón, aún no me atrevía a mirar dentro de las carpetas.

—El jefe quiere verte en su despacho.

—¿Ahora? —dije mirando con clemencia el cigarrillo casi intacto que sostenía entre mis dedos.

—Sí. Ahora.

—¿Por qué?

—Ve y averígualo. Y más te vale que no lo hagas esperar. Tiene un humor de perro rabioso.

Martin se retiró sin más. Menos mal. No tenía ánimos para aguantar las chuscadas de ese payaso imbécil.

En efecto. El jefe me estaba esperando. Estaba solo, mirando por la ventana, tan distraído que no advirtió mi presencia hasta que me aclaré sonoramente la garganta. El jefe Wiklund se tensó de hombros y se volvió hacia mí con una sonrisa, que, por primera vez desde que lo conocía (cuatro años, me recordé), parecía forzada.

—Siéntate, Jeff. No te quedes ahí.

Me senté, desde luego, mientras Wiklund cerraba la puerta y regresaba a su escritorio

manteniendo todo el tiempo la sonrisa forzada. No había rastro de aquel humor de perros que mencionó Martin; es más, me atrevería a decir que parecía más sosegado de lo que nunca lo había visto. Lo que fuera que lo tenía preocupado, especulé, seguro tenía que ver con «el caso especial» del que me habló Martin.

Debí traer las carpetas. Maldita sea.

Linus Wiklund era un hombre fornido; era amplio de estómago y tenía una cara alargada de rasgos aguileños. Era intimidante. Su mirada parecía escudriñar tu alma: ojos castaño oscuro, intensos y avispados, registraban tu aspecto para detectar cualquier amenaza contra las buenas costumbres, o eso había dicho Lauren medio en broma. Debía tener unos cincuenta y tantos. Su reluciente calva parecía absorber la luz de los focos del techo. Llevaba el mismo traje que ayer. O al menos la misma chaqueta, observé; la reconocía por un borrón opaco que tenía a la altura del pectoral derecho; una mancha de mermelada, tal vez.

—Dime qué sabes sobre Black Wood.

Cuadré los hombros y fruncí el ceño, cavilando en una fracción de segundo todo lo que sabía al respecto.

—No mucho. Es un bosque al sureste del estado. —De pronto recordé—. Creo que allí ocurrieron algunas desapariciones hasta hace algún tiempo. No ha vuelto a suceder —añadí—. En algunos casos, jamás hallaron a los desaparecidos. Supongo que por esa razón no se recomienda acampar en ese lugar.

—Desapariciones, ¿eh?

Wiklund se daba golpecitos en la barbilla con el dedo, la mirada disipada sacando sus propias resoluciones antes de tiempo, como solía hacer a veces. Enfocó de nuevo la vista en mí.

—¿Hace cuánto tiempo dejaron de ocurrir estas desapariciones? —me preguntó.

Me encogí de hombros mientras recordaba.

—Cinco años..., creo.

Wiklund se irguió hacia atrás y exhaló profundamente.

—Ha vuelto a suceder —me informó con tono contrito. Parecía turbado—. Hace una semana seis jóvenes se aventuraron en el bosque y no regresaron a casa. Es como si se hubiesen evaporado por arte de magia. Han desplegado toda una brigada de búsqueda por aire y tierra en la zona y alrededores, pero hasta ahora no han encontrado el menor rastro. La búsqueda continúa.

Seis jóvenes, pensé. Un hecho desafortunado.

—Quiero que lo resuelvas, Jeff —dijo Wiklund, mirándome—. Quiero que te encargues de buscar pistas: que rehagas el recorrido que siguieron los jóvenes, que indagues a sus familiares, sus vidas. Sobre todo, quiero que los encuentres.

«¿Vivos o muertos?», me contuve de decir. Era muy probable que fuera lo segundo. Y Wiklund lo sabía.

Parpadeé.

—Me subestima, señor. ¿Por qué cree que yo podré lograr lo que una brigada de rescate no ha conseguido?

—Has resuelto cada caso que te he asignado, Jeff. Tengo fe en ti.

—Señor —insistí—, yo investigo homicidios. No desapariciones.

—Tengo un presentimiento. Esta no es simplemente una desaparición; es mucho más. Supongo que Martin te ha entregado los expedientes.

«Las malditas carpetas.»

—Sí, señor.

—Bien. Allí está todo lo que necesitas saber sobre los jóvenes desaparecidos y también de las

desapariciones que sucedieron en Black Wood hasta hace cinco años. Tengo un presentimiento, Jeff. En ese lugar se ha cometido un crimen cruento (varios, si damos crédito a las historias), y debe resolverse pronto. Este caso, debo admitir, es muy importante para mí.

«Ah, ¿sí?»

Eso explicaba por qué estaba tan turbado. Fruncí el ceño.

—¿Por qué, señor?

—Hannah —soltó Wiklund, y se puso en pie. Yo seguía sin entender—. Hannah es la hija de Margaret, mi hermana —continuó, acercándose de nuevo a la ventana, la espalda vuelta hacia mí—. Es uno de los seis jóvenes que desapareció en Black Wood hace una semana. Debes encontrarla.

«¿Quiere que encuentre a su sobrina?» Guardé silencio.

Wiklund se volvió.

Era una situación terrible. Había leído sobre las desapariciones en Black Wood en artículos de la prensa. Se contaban todo tipos de terribles historias sobre esos bosques; historias que yo mismo había preferido omitir adrede hasta saber cuál era la intención de Wiklund con aquel lugar. Ahora que lo sabía, no estaba seguro de querer mencionarlas; en parte por la situación del jefe, en parte por la naturaleza de los hechos cometidos. En algunos casos sí habían hallado cuerpos..., en porciones.

Aquel detalle me recordó el artículo que había estado leyendo hace un rato.

—¿Lo harás? —me preguntó Wiklund. Sus palabras sonaban como una súplica. Jamás pensé que vería (u oiría) al jefe de esta forma: turbado, abatido, anhelando mi ayuda—. ¿Encontrarás a mi sobrina, Jeff? —pidió—. Acuérdate de Lauren. Ella habría querido que lo hicieras.

«Lauren», pensé. Sentí una punzada en el pecho que me hizo contraer el rostro. La atmósfera era densa, o así la percibía. Me pregunté si Lauren habría aceptado el caso en mi lugar. Sí, desde luego; le tuvo aprecio al jefe Wiklund. Y también debilidad por las causas perdidas.

«Como yo.»

CAPÍTULO 2

«Hoy es el día. Estoy nerviosa, ciertamente. Debo revisar la lista. Dios, espero que Stacy no lo arruine.»

Grabado por Hannah con su celular el 23 de julio, antes de partir a Black Wood. El celular fue hallado a orillas del arroyo Black Oak en el segundo día de búsqueda.

Hannah amaba hacer listas, de manera que los preparativos para el viaje habían supuesto una buena excusa para destacarse en la labor.

Con su nuevo cuaderno de excursiones a la mano procedió a revisar, uno a uno, los detalles que tenía apuntados en sus hojas. La regla de oro de un excursionista («lleva solo lo que necesites») había supuesto una auténtica pesadilla para ella, pues le gustaba estar preparada para cualquier situación, y esto, de cierta forma, la restringía. Además, aquella regla, en su opinión, era poco pragmática ante el encuentro del hombre con la naturaleza y la plétora de amenazas mortales que podían presentarse.

En fin. Con un suspiro, revisó sus apuntes una vez más. Llevaba agua, naturalmente. Esperaba que fuera suficiente para los primeros tres días de estadía —de seis— en el bosque. Además, en Black Wood había arroyuelos donde podían tomar más cuando lo necesitasen, si bien antes debía hacer su debida depuración, claro. Y para eso también estaba preparada. Llevaba tres tiendas de acampar, una para cada pareja; varias linternas (y también baterías de repuesto) y, por supuesto, comida.

Oh, mierda, casi olvidaba su cámara. ¡Gracias a Dios por las listas!

Fue a su habitación y buscó la cámara fotográfica en uno de los compartimientos de la cómoda. Regresó a la sala de estar, donde la aguardaban los bolsos del equipaje, y la depositó en uno de ellos sin mucho cuidado. Tenía la sensación de que le faltaba algo más, algo importante. Maldijo. A continuación, repasó la lista de nuevo: agua, lista; comida, lista; cámara, lista; dinero, listo.

Llevaba suministros básicos para primeros auxilios: algunas vendas, esparadrapos, pinzas y toallitas antisépticas. Y, gracias a la lista, no se olvidó de empacar la crema protectora contra insectos.

—Parece algo complicado, eso de acampar.

Hannah se volvió sobresaltada, llevándose la mano al pecho. Inspiró profundo al descubrir que se trataba de su madre, que estaba recargada contra la moldura de la puerta con una mirada soñadora. Hannah sonrió.

—Mucho más que ir a la playa, ciertamente —admitió—. Y no le digas a Stacy que he dicho eso. Fue mi idea hacer este viaje; además, pienso que es algo que debí haber hecho hace muchísimo tiempo.

Fuera, hacía un día precioso. Era una de esas épocas cálidas que, según Stacy, eran oportunas para ir a la playa. Sin embargo, el verano pasado ella y sus amigos habían ido de Spring Break a las costas de Oregón. Esta vez, Hannah había logrado persuadirlos de que la acompañaran a un viaje a los bosques del sur del estado. Seis días, ideó ella. Stacy se había rehusado —espantado, más bien— ante la idea de pasar una noche fuera. «Seis días la superaba», había dicho. Hasta que finalmente accedió.

—No diré una sola palabra —prometió su madre.

—Bien, porque sería el fin. —Sonrió y guardó la crema repelente en el bolso de mano.

Sobrevino un silencio. Aunque sonriente, su madre traslucía su inquietud a través de su mirada.

—Estaremos bien —le aseguró Hannah. Se acercó a su madre y tomó sus manos entre las suyas—. De verdad.

—Lo sé. Confío en ti. —Esbozó una sonrisa que, en absoluto, convenció a Hannah de lo contrario—. ¿Llevas un silbato?

Hannah frunció el ceño, entre divertida y confundida.

—¿Silbato?

Su madre metió la mano en el bolsillo de su vaquero y sacó un silbato metalizado. La luz de la estancia arrancó un destello de la superficie. Era bonito, debía admitir, y no supondría gran peso para su equipaje. Si con ello calmaba la inquietud de su madre, lo llevaría a buen resguardo.

Lo cogió y lo guardó en su bolsillo.

—Otra cosa, cariño —abundó su madre—. ¿Llevas protección?

Hannah se quedó boquiabierta.

Su madre debió tomar aquel repentino mutismo como un «no», porque, sonriente, metió de nuevo la mano en su bolsillo y le hizo un rápido traspaso para no prolongar más aquel embarazoso momento madre-hija. Esa era su madre, siempre considerada y oportuna.

Sin embargo, Hannah percibió cierta dureza en el objeto que acababa de darle su madre. Frunció el ceño y miró a esta como diciendo «¿qué demonios es esto?» sin atreverse a sacar el objeto de su bolsillo.

—Un poco de protección —respondió su madre, a la pregunta que jamás le formuló. Es como si pudiera leer su mente, pensó, aunque ciertamente su expresión debió hablar por sí sola—. Nunca es suficiente. Es gas pimienta.

Hannah se sonrojó. Obviamente, había interpretado mal a su madre con aquello de «protección». Luego pensó que su madre estaba tan paranoica con la excursión que ni siquiera había pensado en las muchas posibilidades en las que su hija podría acabar liándose con su novio detrás de un matorral o en la misma tienda de acampar.

Aquel pensamiento la hizo sonreír por lo bajo.

—¿Cuántos días estarán fuera? —inquirió su madre a la vez que se desplazaba hacia la cocina.

—Seis días. Estaremos aquí el próximo lunes por la mañana. O eso espero.

—¿Eso esperas?

—Sí. —Hannah detectó el tono alarmado de su madre y, en seguida, se reprendió. «No debí haber dicho aquello, ni siquiera en broma, la pobre ya está muy preocupada»—. Quiero decir, con seguridad estaremos aquí el lunes a menos que se arruine una de las llantas de nuestro auto. Lo que es poco probable, ya que el padre de Nate le ha dejado llevarse su fabuloso jeep.

«Cierra la boca. Ahora.»

Su madre la miró fija y silenciosamente. No estaba convencida.

—Espero me llames cada noche. Sin falta —indicó su madre.

—No será posible —repuso Hannah, a su pesar y al de su madre—. En Black Wood, según la guía, no hay cobertura. Me temo que no estaremos comunicadas hasta la mañana del regreso. En seis días.

—En seis días —repitió su madre, vagamente. Luego fijó la mirada en ella y esbozó una amplia sonrisa—. Qué bueno que te he dado ese silbato.

Hannah se habría reído, pero fue detenida por una trompetada estridente. Nate y el jeep habían llegado, por fin. Su madre se acercó a la ventana de la cocina y Hannah se le unió. Nate se bajó

del auto y saludó con una mano en alto, su cabello rubio centelló bajo la luz del sol.

—Creí que Stacy y Jordan vendrían con Nate —comentó Hannah para sí—. Deberían estar aquí.

—Calma, cariño —la tranquilizó su madre como si suya fuera la voz de la razón—. Llegarán pronto.

Hannah suspiró.

—Eso espero.

* * *

—¡De todas las malas ideas esta se lleva la palma! —dijo Stacy—. ¿Quién me obligó a aceptar ir a este viaje?

—Entonces quedémonos —aludió Jordan, pícaro, dándole unas palmaditas a la cama, donde yacía medio desnudo—. No tenemos por qué ir si no queremos... Digo, sé que Nate comprenderá si no lo hago.

—Tal vez. —Stacy había sopesado esa idea, pero la desechó de inmediato. Empezó a vestirse, para decepción de su novio, con la toalla de baño puesta. Algunas gotitas de agua le resbalaban por la cara, el cuello y el pecho—. Hannah, en cambio... No me lo perdonaría, Jordan.

Y ése solo era parte del problema. En las vacaciones pasadas habían ido a las costas de Oregón en lo que resultó ser el mejor verano de sus vidas. Sus planes no se habrían cumplido si Hannah —a quienes los padres de Stacy consideraban una buena influencia— no hubiera accedido a participar en el plan vacacional. Y no era que Hannah fuera, a diferencia de Stacy, una chica-bikini: amante de la arena, el sol y el agua marina rompiendo contra la orilla... Ah, suspiró, visto desde ese punto comprendía por qué amaba tanto la costa.

Sin embargo, la idea de pasar varias noches fuera, en la intemperie, con quien sabe cuántas cosas —insectos, plagas y bestias voraces— acechando mientras dormía, no la complacía en absoluto.

Aquel pensamiento la hizo estremecer.

—Quizás tengas razón —admitió Stacy—. La vida en el campo, como en la selva, no es lo mío.

—¿Iremos a la selva? —La idea le pareció divertida a Jordan—. Creí que sería al bosque.

—No hay diferencia para mí —dijo Stacy. Se vistió con una blusa de tirantes y una coqueta falda de chándal muy por encima de los muslos—. Haré el esfuerzo —afirmó, mientras se sentaba en la cama y metía los pies en las zapatillas de deporte—. Hannah no lo merece.

—Te sacrificas, ¿eh?

Stacy se encogió de hombros.

—Es lo que hace una amiga, ¿no?

Lo había decidido. Iría por Hannah. Iría porque, después de todo, podría resultar la segunda mejor aventura de sus vidas. O la última.

—Eso supongo —murmuró Jordan, despectivo. Se levantó de la cama y empezó a vestirse. Era evidente que no estaba satisfecho con la idea del viaje, pero, como ella, lo haría por su mejor amigo y por su novia—. Creí que Hannah había dicho que llevaríamos botas para senderismo; fue muy insistente con ello —señaló, mirando las zapatillas de su novia con una ceja enarcada.

—No llevaré un calzado tan espantoso —replicó Stacy—. Ni siquiera tengo un par de botas de senderismo en mi haber, y dudo que las tenga alguna vez. Tal vez debí pedirle a Hannah que me apuntara unas en su gloriosa lista.

* * *

Trey y Kent llegaron («Gracias a Dios», pensó Hannah) en el auto de la madre de Trey. Hannah estaba a punto de sufrir un colapso nervioso. Eran casi las nueve y aún no había indicios de Stacy y Jordan. Ni siquiera una llamada. Nada. Quién sabe, y después de todo, sí se arrepintieron.

Además, no era que estuviesen obligados a venir. Sin embargo, Hannah creía poco probable que Stacy hubiese renunciado al viaje sin previo aviso. Intentó convencer a Nate de este argumento.

—Yo sí lo esperaría de Jordan —dijo él.

—Y yo —añadió Kent—. Es más, estoy seguro de que intentará que Stacy no venga con nosotros.

—Kent —intervino Trey, acariciando el hombro de su novio con ternura y arqueando las cejas —, no estás ayudando. Creo que la pobre Hannah ya está lo suficientemente preocupada para oír tus comentarios.

La madre de Trey sostuvo una breve y amena plática con la madre de Hannah; antes de partir, abrazó encarecidamente a Trey, y lo besó en la coronilla, deseándole buena suerte. El chico se apartó ruborizado. Hannah entrevió que Nate reprimía una carcajada, así que le clavó el codo en las costillas. Aguardarían quince minutos, avisó Hannah, luego —con o sin Stacy y Jordan— se pondrían en marcha.

Ya arreglarían cuentas a su regreso.

No hicieron falta quince minutos. Casi, de hecho. Stacy y Jordan aparecieron campantes; ella, con una mirada y sonrisa de inocente que, de momento, le hicieron tragarse su cólera a Hannah. Nate y Jordan se hacían bromas mientras cargaban las cosas en el jeep del padre de Nate. Stacy tomó a Hannah por el codo y se la llevó aparte.

—De verdad, lo lamento —se disculpó.

Hannah entornó los ojos.

—Está bien. —Forzó una sonrisa. Stacy, cálida por naturaleza, le devolvió el gesto con esmero y adicionó un abrazo.

—Admito que estuve considerando la opción de no ir. Jordan me estuvo haciendo algunas proposiciones muy tentadoras para pasar juntos el tiempo mientras vosotros no estabais. —Lanzó una mirada lasciva hacia su novio, que estaba haciendo chanzas con Nate a la vez que cargaban el vehículo.

—Por favor. No quiero oírlas. —Hannah hizo una arcada.

—Oh, vamos, no me dirás que Nate y tú no piensan aprovechar este tiempo juntos en el bosque, apartados de todo el mundo y de tu madre. —Enarcó una ceja, pícara, y añadió con una sonrisa—: Será divertido.

Una vez cargaron las cosas, los seis procedieron a ocupar sus puestos en el jeep. Hannah se demoró un poco más.

Se despidió de su madre. Aunque en ese instante su rostro no traslucía temor, Hannah sabía que esta bullía de preocupación por dentro. Lo notó, más que vio, en el fuerte abrazo que conllevaron en el momento de la despedida.

* * *

—¿Estás bien?

Nate la miraba intensamente como si escrutara su expresión, con unos ojos azules profundos y una ligera sonrisa aleteando en sus labios. Hannah fijó la vista al frente, suspirando, y esbozó una

trémula sonrisa que le dirigió a Nate. El viento le esparcía el pelo por la cara

—Estoy bien —afirmó ella, apartándose.

Nate no pareció convencido (la conocía bastante bien, claro), pero se conformó. Conducía la camioneta de su padre, con Hannah a su lado, sentada el puesto del acompañante. El resto ocupaba cómodamente el largo asiento trasero, riendo y haciendo bromas. Kent intentaba asustar a Stacy haciendo comentarios por lo bajo sobre las aterradoras criaturas que probablemente se hallarían en el bosque.

—Hay lobos salvajes y osos —contaba, malicioso, a pesar de que Jordan le echaba una mirada asesina.

—No había caído en la cuenta de que llevabas esto antes. —Nate la veía de nuevo, esta vez a su cuello, notó Hannah, con el ceño ligeramente fruncido y una sonrisa más ligera aún. Extendió su brazo hacia ella; cuidadosamente, introdujo su dedo bajo la fina cadenilla de metal y extrajo el silbato que tenía metido en la camisa—. ¿Quién...?

—Mi madre —explicó Hannah en seguida. Ladeó la cabeza a la espera de algún comentario elocuente de su novio. Pero este se limitó a levantar las cejas y a devolver con cuidado el silbato a su acogedor lugar de reposo, alternando una mirada extrañada entre Hannah y la autopista 5. Ella se lo había colgado en el cuello tras despedirse de su madre.

—Ya —dijo Nate. Luego mantuvo la vista al frente.

—Usualmente son los niños los que suelen llevar silbatos en las excursiones, por si acaso se apartan del grupo —abundó Trey con una brillante sonrisa—. Pero es responsabilidad de los adultos cuidar de los niños, lleven o no un silbato.

—Gracias por la información, Trey. Como siempre, oportuno —dijo Stacy en tono aburrido.

—El silbato (como mapas, linternas y fósforos) —siguió Trey, sin prestarle atención al sarcasmo de Stacy— es uno de los objetos de seguridad tradicionales en las excursiones. No importa si eres niño o adulto; si te apartas del grupo, y no conoces la zona, te puede ser de ayuda.

—Como digas.

Stacy cerró los ojos, Jordan la rodeó y la ciñó más a su costado con su brazo, y ella actuó un bostezó como solo Stacy Harrington —quien hizo el papel protagónico en la obra escolar Pigmalión— sabía hacerlo. Trey tenía razón, pensó Hannah, sobre los objetos de seguridad tradicionales. Ella misma lo había leído. Stacy habría pensado que ella no se daría cuenta, pero desde luego que lo hizo; no llevaba botas para senderismo sino zapatillas de deporte.

Miró a Stacy y a Jordan por el rabillo del ojo, abrazados. Estos habían empezado su relación en octavo año, desde entonces no se habían separado; además, eran la pareja perfecta, ya que ambos gozaban de mucha popularidad en el instituto, Stacy como líder de porristas y actriz amateur, y Jordan, capitán del equipo de soccer. Es más, ambos habían sido los autores de la relación de Hannah y Nate.

Con una sonrisa mariposeándole en los labios, fijó la mirada en Nate. Su novio. Jamás se habría imaginado que alguien como Nate —atlético, inteligente y majísimo— se fijaría en ella. Era un sueño. Nate tenía pómulos perfectos, piel tersa y rosácea clara, el cabello rubio intenso y ojos azules profundos como las aguas del lago del Cráter (una comparación absurda y ñoña, pensó, pues jamás lo había visitado; quizás algún día lo hiciera y Nate estaría a su lado para comprobarlo). Nate y su familia se había mudado hacía dos años de Aspen tras la trágica muerte de su hermana.

Nate entró a la misma secundaria que Hannah y sus amigos y fichó para el equipo de soccer, que capitaneaba Jordan, con quien en seguida empezó una amistad. Hermandad, como se empeñaban en llamarlo.

Nate miró en su dirección fugazmente, y esbozó una sonrisa. Hannah apartó la mirada..., demasiado tarde. Se sonrojó al oír la risa de Nate junto a ella.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó él.

—Nada.

—Pero me estabas viendo.

—Sí —admitió ella—. No..., bueno, estaba distraída.

—¿Viéndome?

Hannah torció los ojos.

—Olvidalo.

Lo oyó reír.

—Vamos —insistió Nate—. Admite que estás preocupada. No puedes controlarlo todo. O apuntar esos detalles en una lista. No te preocupes —añadió extendiendo su mano y tomando la de ella con ternura; luego la apartó suavemente—. Además, ¿qué podría pasarnos?

Hannah se miró las manos y, en seguida, fijó su atención en la autopista. Respiró profundo. Los pinos cercaban la carretera como inexorables centinelas, cubiertos de hojas verdes que oscilaban con las tenues ráfagas de viento a la par que haces de luz dorada las hendían y se proyectaban como orlas, parecidas a los reflectores de un escenario, sobre el camino.

—Podríamos perdernos, por ejemplo —señaló Hannah en voz baja pero apremiante, pues no quería agravar los nervios de Stacy. Miró a Nate—. O, ¿quién sabe?, podríamos ser víctimas de algún ataque inminente de...

—¿Abejas asesinas? —se adelantó Nate, sonriendo.

Hannah sonrió tenuemente. Aun así, era una posibilidad.

Había estado en Black Wood antes, nadie más lo sabía (bueno, solo Nate y su madre, pensó), entonces tenía cinco años y pasó una tarde maravillosa con su padre. Aquel era uno de los primeros recuerdos de su vida, y también el último que tuvo con su padre. Este murió varios días después, en un accidente de autos, cuando regresaba a casa desde su trabajo.

Deberían saberlo, pensó. Deberían saber de las historias que se cuentan sobre Black Wood.

* * *

Llegaron a Springfield al mediodía. Según los cálculos de Hannah, repasó Kent, a ese ritmo arribarían a su destino a mitad de la tarde. Claro, si no surgía otro imprevisto como la inconveniente necesidad de Jordan de ir al baño. Extraño, ¿no?, que hubiera señalado —con insistencia— una de las tiendas de abastos en particular para aliviarse.

Y ahí estaban.

Hannah y Stacy decidieron aguardar en el auto mientras los chicos acompañaban a Jordan al baño para mear (lo que era bastante extraño, pensó Kent, ya que era algo que usualmente hacían las chicas). Ninguno fue al baño. Jordan estaba hablando con el empleado de la caja registradora, con aire misterioso, mientras los otros tres merodeaban entre los anaqueles de la tienda. Kent —de cuando en cuando echando miradas hacia Jordan— casi dejó caer un frasco de pepinillos que había tomado distraídamente de la repisa que tenía en frente.

—¿Qué podrían estar hablando? —le preguntó a Nate por lo bajo.

Ambos echaron otro vistazo. Finalmente, Nate se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Ya sabes cómo es.

Claro. Nate no era la persona más confiable para contestar esa pregunta, o cualquier otra que pusiera en evidencia a Jordan. Esta no era la primera vez que Nate encubría las gilipolleces de su mejor amigo para evitarle problemas.

—Creí que iría al baño.

Era evidente que todo había sido una soez mentira de Jordan para visitar ese lugar antes de tomar la última ruta hacia el bosque; además, se fijó Kent, Jordan estaba mucho más calmado que hace un minuto en el jeep, donde había apretado las piernas para, según él, poder contener la inminente *lluvia dorada*.

—Déjalo —repuso Nate haciendo un ademán—. Tal vez esté comprando cigarrillos.

—En ese caso —dijo Kent—, dejaré que Hannah lo aviente de un peñasco cuando lo descubra.

Nate soltó una ligera carcajada. Aquello le recordó a Kent que no había visto a Trey hacía ya varios minutos. Habría ido al baño, especuló (al menos alguien podría decir que sí fue al baño después de todo, ¿no?), pero descartó la idea al oír la voz de su novio en el pasillo contiguo.

—... amigos —lo oyó decir.

La voz de una mujer le hizo una pregunta.

Kent, curioso, rodeó el pasillo de enlatados y entró al de especias y bocadillos, donde halló a su novio conversando muy llanamente con una mujer de unos setenta años, de espalda encorvada y escasos cabellos blancos; se apoyaba en una andadera y alzaba su flácido cuello, como de una tortuga, para mirar a Trey a la cara con unos ojos gris claro.

Trey ladeó la cabeza, avistó a Kent y le hizo señas para que se acercara. La señora Whitemore, como dijo llamarse, lo recibió con una cálida sonrisa postiza.

—Kent —repitió la anciana en tono febril, apagado—. Mi nieto se llamaba Kent. Murió hace cinco años. Por entonces, Kent tenía trece.

Trey debió notar la clara intención de Kent por preguntarle a la anciana cómo murió su tocayo, porque meneó la cabeza negativamente mientras la señora Whitemore estaba abstraída en algún recuerdo de su nieto.

—No te pareces a mi nieto, querido. Bueno, eres muy apuesto, sí, en eso se parecen —comentó la anciana mirando a Kent. Luego sonrió y alternó la mirada con Trey—. Me estábais diciendo que tú y tus amigos íbais de camino a un excursión a los bosques, ¿cierto?

—Sí. —Trey asintió—. A Black Wood.

La mirada vivaz de la señora Whitemore se ensombreció de golpe al oír aquel nombre. Quizás fuera la imaginación de Kent, pero la dulce señora pareció encogerse en una fracción de segundos como si la techumbre del local se hubiese desplomado sobre su artrítica espalda.

—¿Qué sucede? —preguntó Trey, cauteloso. Frunció el ceño—. ¿Habíais oído antes de ese lugar?

La anciana bajó la vista.

—Sí.

Trey y Kent compartieron una mirada.

—Les diré algo —continuó, sin verlos, la anciana—. La noche en Black Wood no pasarás, si tu alma no quieres entregar. Oíd mis palabras. Os lo advierto. —Los miró—. Mi nieto, mi querido nieto, pasó la noche en aquellos bosques y jamás fue encontrado. Su nombre era Kent Sinclair.

Hubo un silencio estremecedor. Kent se preguntó por qué la anciana les decía el nombre completo de su nieto.

Ella debió intuir lo que pensaba, porque, a continuación, emplazó su añejada mirada hacia él.

—Si lo ven —rogó—, decidle, por favor, que lo sigo esperando.

¡Consíguelo ahora!
BOSQUE NEGRO

Hannah convence a sus amigos de acompañarla a una inolvidable aventura en el sombrío y enigmático Black Wood. Si bien, para conseguirlo tuvo que guardar silencio sobre el aciago pasado del bosque. Una vez en él, no tardan en descubrir que no están solos, y que sus vidas corren peligro. Entretanto, Jeff Harcourt, detective de la policía de Salem, Oregón, deberá investigar el desvanecimiento de seis jóvenes dentro de los límites de Black Wood, que goza de una siniestra reputación como escenario de misteriosas desapariciones y asesinatos que jamás fueron resueltos.

¿Podrá Jeff descubrir qué pasó con los jóvenes desaparecidos? ¿Quedará algún sobreviviente? ¿Se resolverá el caso antes de que el asesino ataque de nuevo? Una novela fascinante llena de misterios y giros inesperados que no da respiro emocional hasta el final. El espectacular debut del autor de series de ciencia ficción/fantasía juvenil en el género thriller. Además, con Bosque Negro hará su primera participación en el Premio Literario de Amazon de 2019.

*Consigue **Bosque Negro** >>> [aquí](#)*

SOBRE EL AUTOR

B. J. Castillo nació en febrero del año 1997, en Venezuela. Desde muy joven se fascinó por la escritura, aunque no con la aspiración de convertirse algún día en autor o siquiera escribir un libro; todo lo contrario, escribía para su disfrute y el de sus compañeros de clase, ya que sus primeros trabajos constaban de tramas pequeñas para obras escolares. Fue en 2013 cuando empezó a interesarse por la lectura, lo que lo llevó a querer realizar su primer trabajo. En ese entonces, aprendió a escribir y a estructurar la trama de una novela fijándose en la prosa de quienes hoy considera sus maestros, entre ellos: George R. R. Martin, principalmente; Cassandra Clare, autora de *Cazadores de Sombras*; Robert Louis Stevenson, cuya obra *La Isla del Tesoro* es una de sus favoritas, y por supuesto, J. R. R. Tolkien.

Asimismo, pudo completar su primera novela titulada *Lunas Caídas* (2015), de la saga juvenil 'Crónicas de Luz y Oscuridad'. A ésta le seguirían otros tres volúmenes publicados en años consiguientes, *Estrellas Danzantes* (2016), *Soles Rotos* (2016) y *Noches Eternas* (2017), y una precuela titulada *Antes del Amanecer* (2017).

Actualmente estudia Comunicación Social, mención periodismo, y compagina la escritura de la serie «Crónicas de Luz y Oscuridad», con la serie «Gente del Futuro», que ya cuenta con dos volúmenes publicados.

bjcastilloauthor.blogspot.com

Instagram: b.j.castillo

Twitter: @bjcastilloautor

Facebook: facebook.com/bjcastilloauthor

Table of Contents

[Start](#)